

POBLADORES, PARTICIPACIÓN SOCIAL Y CIUDADANÍA

Entre los pasajes y las anchas alamedas *

Vicente Espinoza

SUR Profesionales Consultores

En los períodos de auge de los conflictos sociales urbanos, referirse al movimiento de pobladores parece una obviedad. En los períodos de menor actividad, sin embargo, parece que los pobladores hubieran poco menos que desaparecido. Esta discontinuidad en la acción colectiva de los pobladores es una constante histórica que debe tomarse en cuenta para su definición como actor social. A lo largo del siglo veinte, los conflictos urbanos han estado presentes en todas las décadas, por cierto con muy diversas características, culminando con las protestas urbanas de 1983-85 (Espinoza 1988, Campero 1987, Castells 1983). Esta regularidad del conflicto urbano lleva a preguntarse cuál es la posición del conflicto en el contexto de la acción colectiva, antes que reducir los movimientos sociales a la presencia o ausencia de conflictos.

Decir simplemente, como es frecuente en la jerga de los dirigentes políticos, que los movimientos sociales tienen momentos de "flujo y reflujo" o "movilización y desmovilización" parece un eufemismo del abandono: lo equivalente es no saber de dónde surgen los movimientos ni saber qué ocurre con ellos una vez terminado el conflicto. La pregunta intelectual que se plantea en este caso puede presentarse como cuál es la solución de continuidad entre una y otra movilización. En la medida en que se encuentra una respuesta puede pensarse en el movimiento social como algo más que un agregado de movilizaciones.

El problema de la discontinuidad entre los conflictos se plantea en la historia como la relación entre un "tiempo corto" de la movilización y un "tiempo largo" del movimiento. El privilegio del conflicto en el análisis de los movimientos sociales pone el énfasis en el tiempo corto, la coyuntura. No obstante, el conflicto es sólo el momento más evidente en la expresión de la acción colectiva. En consecuencia, el análisis de la coyuntura de los pobladores cobra sentido en el contexto de un tiempo largo, que establece los elementos de continuidad que lo presentan como movimiento social. Los conflictos surgen de este trasfondo, al cual se incorporan, como aprendizaje o condición estructural una vez finalizado el conflicto (Borja 1975).

El tema de los pobladores y su movilización fue preocupación de los intelectuales chilenos en el marco de la integración social (Tironi 1990). El conflicto planteado por los pobladores, antes que expresión de un orden social en gestación, era interpretado como muestra de la desintegración que vivía la sociedad chilena, cuando no directamente como anomia (Valenzuela 1984). Los pobladores y sus movilizaciones se convertían así en una amenaza para una sociedad integrada, que sólo podía conjurarse plenamente con el advenimiento de la democracia (Tironi 1990).

El advenimiento del régimen democrático, acompañado de una baja considerable en la movilización de los pobladores, marcaría el fin de su actuación como movimiento social. No obstante, la historia de los pobladores muestra que su ausencia de situaciones de conflicto no garantiza su perenne desaparición. Conviene por ello detenerse en el análisis de la situación y perspectivas de los pobladores al comienzo del gobierno democrático.

En este trabajo se abordan sucesivamente tres temas relativos a la situación actual de los pobladores. En primer lugar, se plantea una perspectiva global para el estudio de los movimientos sociales. Se revisan aquí las ventajas y limitaciones del estudio de los movimientos sociales como interacción estratégica. Una segunda preocupación de este trabajo consiste en desarrollar un marco analítico que permita entender el fraccionamiento del movimiento social de pobladores. La referencia empírica de esta parte la da la revisión de las estrategias de los dirigentes que buscan vincular familias distintas de movilización. Finalmente, este trabajo recupera el tema inicial de la integración social para plantear una reflexión sintética respecto al marco estructural de la acción de los pobladores.

LA ACCIÓN COLECTIVA: ¿DESCOMPOSICIÓN SOCIAL O SOLIDARIDAD?

La interpretación de la acción colectiva como desintegración tiene su base en las teorías de la descomposición social (Tironi 1990). Esta interpretación, de raíz durkheimiana, plantea que las situaciones de cambio estructural producen una desintegración de la solidaridad comunitaria, con el resultado de una masa desarraigada, propensa a las conductas desviadas (Smelser 1963). En el fondo, se trata de una explicación psicológica: la privación persistente a nivel individual produce reacciones depresivas, fantasías, o agresividad. Los equivalentes sociales son los agregados de estas conductas individuales, que corresponden respectivamente el fatalismo, propensión al mesianismo, y la violencia política o delictiva (Smelser 1963). En Chile, esta perspectiva ganó amplia aceptación en la interpretación de la conducta de los pobladores en la década del ochenta (Valenzuela 1984, Martínez & Valenzuela 1986, Tironi 1990).

Las teorías de la descomposición social tienen ciertamente el atractivo de ser una explicación simple y verosímil de un fenómeno social. También, como cualquier explicación general, tienen la debilidad de su vaguedad y difícil verificación (Blalock 1979). En efecto, siempre es posible encontrar casos que verifican la explicación propuesta, pero hay no pocos en que las mismas condiciones que provocarían uno u otro tipo de acción colectiva no lo hacen. Como siempre, resulta más provechoso entender por qué la explicación no opera cuando debiera hacerlo, antes que acumular antecedentes en favor de una explicación insuficiente.

Las teorías de la solidaridad, por oposición a las de la descomposición, intentan proveer una mejor explicación del origen de la acción colectiva. En esta interpretación lo que media el cambio estructural y la acción colectiva no es la desintegración social con sus efectos psicológicos, sino la organización de actores colectivos (Tilly 1976, 1984). Los partidarios de esta interpretación sostienen que la acción colectiva, antes que una conducta irracional de una masa desarraigada, puede entenderse mejor como la interacción estratégica de actores que persiguen racionalmente sus intereses (Tilly 1976). Una explicación similar entregaron en Chile quienes analizaron la acción de los pobladores a comienzos de los ochenta desde la perspectiva de los movimientos sociales (Campero 1987, Espinoza 1985).

La interpretación de la acción colectiva como acción racional no deja de tener sus problemas. Sus críticos destacan que el punto de partida de esta explicación es un grupo ya articulado en torno a intereses definidos. No obstante, la acción racional no puede explicar cómo se forma el grupo; de hecho, desde un punto de vista racional no tiene sentido comprometerse en una acción colectiva si se pueden obtener los beneficios sin participar en ella.¹ Si el grupo es un dato a la partida del análisis de la acción colectiva, destacan los críticos, de hecho no hay explicación de por qué la acción colectiva es colectiva (Cohen 1985).

A fin de cuentas, la cuestión de los agregados en que se basa la acción colectiva remite al clásico problema de la relación entre estructura social y comportamiento. La teoría marxista de las clases sociales fue por décadas la solución más socorrida al problema de cómo se forman los agregados de la acción colectiva. En esta aproximación, la lucha de clases --arquetipo de acción colectiva racional-- mezcla componentes de la estructura social con componentes de conciencia. No obstante, como la mayor parte de los marxistas lo comprobaron, el comportamiento de los grupos sociales no está directamente asociado con las categorías definidas por el modo de producción capitalista (Harvey 1985, Castells 1983, Baño 1985).

En el caso de los pobladores, su acción fue interpretada como luchas surgidas de "contradicciones secundarias" afincadas en la reproducción de la fuerza de trabajo (Castells 1977). El problema al cual se enfrenta esta interpretación es que las categorías deducidas de la operación de la lógica del sistema capitalista no pueden ponerse en operación contra la racionalidad del capital, precisamente porque están deducidas de ésta (Espinoza 1984a).

Puestas así las cosas, durante la década del ochenta ganó aceptación una teoría de la acción colectiva que reemplazó los sujetos colectivos por agentes no clasistas. Estas elaboraciones cuestionaron radicalmente las teorías que deducían los actores sociales de la operación del sistema económico o valórico (Baño 1985, Valenzuela 1984, Espinoza 1984a). Una concepción de movimientos sociales o mundo popular reemplazó categorías como proletariado, marginalidad, o tradicionalismo. No obstante

liberar a los actores sociales del determinismo estructural, estos intentos continuaron buscando constituir el "sujeto" de los cambios sociales, aunque desprovisto de contenidos clasistas.

Particulares versiones conocidas como teoría de los movimientos sociales pusieron en el centro ya sea las mujeres, los pobladores, las minorías étnicas, los jóvenes, o en general "los grupos populares" (Castells 1983, Salazar 1990). Se trata de movilizaciones que desafían arquetipos acerca de la organización y que no tienen referencia única a la estructura social. Muchos de estos movimientos hacen una política de su autonomía organizacional y plantean programas no clasistas.

Las aproximaciones de los años ochenta a los movimientos sociales tienen como atributo común el plantear una teoría de la acción colectiva casi ignorando la estructura social. Esta particular elaboración ha sido denominada como "neo-populismo", en la medida en que los grupos sociales se definen sin referencia clara a la estructura social (Kling & Posner 1991). Cuando se busca la raíz de los movimientos sociales, se la encuentra principalmente en el derecho: la ciudadanía en su acepción liberal, los derechos humanos de los grupos excluidos, o aun el derecho natural establecido por el sexo y construido socialmente como género. La visión de sociedad subyacente en esta aproximación es la de individuos capaces de establecer acuerdos sobre la base de derechos que les son comunes.

El neo-populismo ofrece una visión menos reduccionista de los intereses que pueden generar acción colectiva. En efecto, rechaza que movilizaciones basadas en la identidad local, el género o la nacionalidad sean formas de falsa conciencia. No es extraño entonces que el concepto de "comunidad" haya ganado tanta aceptación en el debate sociológico acerca de la sociedad. La comunidad reemplazó al concepto de clase e hizo de grupos sociales definidos en torno a sus derechos el eje de la constitución de grupos sociales. Definidos así, sin referencia a la estructura social, los grupos pasaban a perseguir racionalmente sus intereses. Una variante que ganó amplia aceptación para la definición de comunidad es aquella que asocia territorios --en verdad, el vecindario-- con comunidades activas: mujeres pobladoras, jóvenes de "la pobla", allegados, y aun la economía de la solidaridad (Valdés 1985, Undiks 1989, Razeto 1987, 1990).

Si el movimiento social es "la comunidad" en acción, aún queda por responder cuál es la base de ella. El concepto de comunidad tiene un enorme atractivo político, porque se refiere a las relaciones entre personas como un fin, antes que como un medio (Kling & Posner 1991). Así, la comunidad reemplaza el restringido concepto de "proletariado" por uno más amplio, multclasista, y que alude al deseo de la mayor parte de la gente de una organización social equitativa (Kling & Posner 1991).

Liberar los movimientos sociales del determinismo clasista no resuelve la crítica de fondo a las teorías de la solidaridad, porque no responde al problema de qué es lo que hace de individuos con rasgos comunes un grupo que actúa concertadamente. Más aún, en esta aproximación subyace la diferenciación entre grupos "en sí" y "para sí"; vale decir, entre los individuos que son capaces de reconocer sus intereses y los que no lo son. El por qué algunos individuos actúan sobre la base de sus "intereses objetivos" y otros no, sigue siendo una pregunta sin contestar. Así, cuando ocurren movilizaciones, éstas parecen el resultado aleatorio de factores desconocidos, antes que la expresión de un grupo social.

¿Cómo una comunidad vecinal se transforma en un grupo que se moviliza por sus intereses? La respuesta más típica destaca el intento deliberado de los organizadores por forjar vínculos que pongan a la comunidad en actividad política (Schwartz 1976, Kling & Posner 1991). Muchas de estas variantes pueden ser reconocidas en las prácticas de educación popular que fueron frecuentes durante la década de los ochenta (Espinoza 1984b).

Las estrategias de acción poblacional

El dirigente, en verdad, establece un principio de continuidad en el movimiento social, pero el movimiento no puede reducirse a él. Es en la persona de un dirigente donde se acumula la experiencia histórica de la acción colectiva.² A veces la experiencia se reduce a la biografía del dirigente; otras, recoge la tradición de antiguos militantes de los movimientos sociales. Los dirigentes expresan mejor que ningún otro actor los cursos posibles de la acción colectiva, pero el curso que ésta efectivamente tome desborda completamente la voluntad de los propios dirigentes.

La identificación de los dirigentes de pobladores como principio de continuidad de la acción colectiva resuelve empíricamente el problema de la supuesta irracionalidad de la acción de los pobladores. Los

dirigentes plantean estrategias de movilización racional de recursos en pro de objetivos claramente identificados. Así, la acción de los pobladores puede analizarse como interacción estratégica antes que como puro resultado de la descomposición social. Teóricamente queda pendiente el problema de cuál es la referencia estructural de la acción de los pobladores. Por ello, si bien es posible reconocer empíricamente las estrategias, no es posible asignarles valor teórico en términos de su explicación de la movilización social. Como se verá más adelante, las estrategias de los dirigentes, más que un "punto sólido" para apoyar una elaboración posterior, son sólo la punta de la madeja con que se urde el tejido social.

¿Qué significado tiene en la actualidad una estrategia para los dirigentes de pobladores? La acción de los dirigentes puede entenderse como la búsqueda de solución al siguiente problema: cómo encontrar un mecanismo de integración social en ausencia de los mecanismos tradicionales por vía de la movilidad social o la integración política. La pregunta de ningún modo es nueva, y cruza todos los intentos de reconstitución del movimiento después del golpe militar de 1973 (Espinoza 1982, 1985, Campero 1987). Se trata, por ello de una pregunta general, que establece un campo común de preocupación a cualquier dirigente de pobladores.

Entre las cumbres del proceso de reorganización del movimiento de pobladores pueden contarse las protestas democráticas que se extendieron entre 1983 y 1985 (Espinoza 1985). Ellas fueron el reclamo por integración que hicieron los pobladores, de una manera desesperada, antes que salvaje. Fue el reclamo de los allegados, de los jóvenes desempleados, de las mujeres en trabajos mal pagados, de los dirigentes perseguidos por promover el desarrollo comunitario, de los obreros férreamente controlados en sus lugares de trabajo. Una demanda multifacética, bajo la gran consigna de retorno a la democracia, cuyo medio era la unidad de los partidos de oposición contra la dictadura de Pinochet.

Los que siguieron a 1983 fueron años de auge para los pobladores, que irrumpieron en el centro del conflicto social (Espinoza 1985). Se planteó para los dirigentes la posibilidad de unificar el movimiento como organización, para ponerlo a la par de los sindicalistas, los gremios de profesionales o los estudiantes. La aspiración era común a una amplia gama política de dirigentes poblacionales que, según lo revelan las entrevistas, sólo excluía a los pinochetistas. Así, implementaron en 1986 el intento más sólido de su historia por consolidar una organización unitaria de pobladores. Y, sin embargo, no fue posible; el movimiento se fraccionó de una manera que resultaba impredecible desde la alineación política nacional.

Tampoco en 1990 fue posible lograr esta unidad, esta vez sobre la base de la federación de Juntas de Vecinos debidamente legalizadas. Así, Hugo Flores, dirigente del movimiento "Solidaridad", resume la situación del movimiento de pobladores a fines de 1990 enumerando una larga serie de siglas y nombrando otros tantos dirigentes. Huelga decir que resulta difícil entender, aun poniendo la máxima atención a las palabras de Flores, dónde está el movimiento de pobladores en este extremo fraccionamiento.

ORIENTACIONES A LA ACCIÓN ENTRE LOS POBLADORES

El golpe de gracia al intento de unificar las organizaciones de pobladores lo dio el hecho de que no pudieran federarse nacionalmente. Las fracturas, sin embargo, existían desde antes y van más allá de las rivalidades normales entre dirigentes y organizaciones. Pese a todo, cada uno de los dirigentes articula un discurso en el cual puede reconocerse una estrategia; aun cuando cada una de ellas da cuenta de sólo parte de la historia. De aquí la pertinencia de desarrollar un marco analítico que unifique los diversos puntos de vista respecto a qué pasó con los pobladores en el Chile de Pinochet y qué pasa con ellos en el Chile democrático.

En un estudio de los dirigentes de pobladores llevado a cabo en 1985 y 1986, fue posible establecer las orientaciones a la acción predominantes entre los pobladores (Dubet et al. 1989). La revisión de entrevistas realizadas a fines de 1991 muestra que estos principios se mantienen como una guía adecuada para la interpretación de la situación de los pobladores al comienzo de la transición democrática.³ Según este marco, hay dos ejes que constituyen el principio de organización de las orientaciones entre los pobladores: su identidad social y su distancia de la institucionalidad política. La combinación de estas categorías da origen a un sistema de acción que mezcla cuatro familias de movilización social.

La identidad de los pobladores no responde a un principio único; aunque el rasgo principal sea la exclusión, el término tolera un rango de definiciones que van desde la clase (por referencia estructural al sistema económico), hasta términos más amplios como pueblo o comunidad (por referencia a pautas de sociabilidad). La experiencia de vida de los pobladores se compone, de una parte, con elementos de exclusión: falta de acceso al consumo, bloqueo a la movilidad social, o ausencia de integración. Pero, de otra parte, incluye también elementos de explotación: cesantía, precariedad en el empleo, o desregulación de las relaciones laborales. Ni explotado ni pobre sintetizan bien la experiencia de los pobladores. Las fronteras entre producción y reproducción son cada vez más borrosas, lo cual queda expresado en estas dificultades para definir un principio único de identidad.

Pese a la exclusión en que se encuentran los pobladores, ello no resulta automáticamente en la búsqueda de la ruptura del orden social ante la imposibilidad de integración. Aunque la experiencia durante la dictadura militar verificaba esta orientación, las estrategias que de ella se derivan no concitaron unidad entre los pobladores. Hoy, en condiciones de gobierno democrático, sus principios constituyentes resultan ajenos a la vida diaria, por lo que tienen un carácter marginal. Para la mayor parte de los pobladores el régimen democrático abrió la posibilidad de un espacio de participación institucional.⁴

Los ejes de identidad y distancia institucional establecen cuatro orientaciones a la acción, o un sistema de acción colectiva compuesto de cuatro familias, tal como puede apreciarse en el Esquema 1. Las filas presentan principios de identidad y las columnas las estrategias de relación con el entorno social. Al interior de cada cuadrante se presentan la denominación habitual del actor, su forma de acción más típica, y su referencia de orden social ideal. Por cierto, cada uno de los cuadrantes tolera una escala o rango de definiciones, y no se busca ahora una definición exacta de cada término. El Esquema 1 sólo busca presentar los principios que organizan la acción; una definición más exacta es tema del análisis posterior.

ESQUEMA 1. Orientaciones a la acción entre los pobladores

E S T R A T E G I A		
IDENTIDAD	Participación	Ruptura
Clasista (económica)	Trabajadores Reivindicación Estado bienestar	Explotados Revolución Dictadura proletaria
Popular (exclusión)	Ciudadanos Negociación Democracia	Comunidad Testimonio Solidaridad

La orientación de tipo reivindicativa surge de una combinación entre la identidad de clase y la confianza en el sistema institucional. Ella puede presentarse como una formulación de las necesidades en términos de derechos. La pobreza deviene injusticia social y desde aquí es fácil desprender la responsabilidad del sistema político en la solución de estos conflictos. Esta orientación se inscribe con propiedad en los rangos de la acción del sindicalismo chileno (Campero & Valenzuela 1984). Entre los pobladores, esta orientación corresponde plenamente con las movilizaciones del tipo "toma de terrenos" que se dieron en Chile en los años sesenta (Espinoza 1988). Las tomas realizadas durante los años ochenta fueron más bien intentos fallidos ante la imposibilidad de los pobladores para abrir canales de institucionalización del conflicto.

Precisamente, el cierre de los mecanismos de institucionalización del conflicto abrió la compuerta a una orientación de tipo revolucionario entre los pobladores. La militancia revolucionaria y la acción reivindicativa comparten la referencia económica en la definición de su identidad, pero los diferencia el grado de confianza en los mecanismos institucionales. Mientras los dirigentes reivindicativos buscan negociar los intereses de sus representados, los revolucionarios actúan desde la base social para crear

su propio orden político, concebido como expresión de los intereses anticapitalistas del proletariado. Genéricamente, lo segundo puede reconocerse como la militancia política de los grupos izquierdistas. Esta militancia tuvo alguna acogida entre los jóvenes pobladores en los momentos más duros de la dictadura, para luego diluirse en expresiones extremistas del tipo movimiento Lautaro.

La identidad de los pobladores puede también expresarse en términos no clasistas: ciudadano, pobre, gente o pueblo, parecen reflejar mejor la visión que muchos pobladores tienen de su propia condición. Aun cuando puede aparecer el deterioro de la confianza en los mecanismos de integración, ella da origen a una orientación de tipo comunitario. En una comunidad todos tienen cabida; los une el ser los desheredados y la voluntad de vivir un orden solidario. Posiblemente las comunidades religiosas son las que mejor expresen esta orientación, aunque también es posible encontrarla en experiencias de organizaciones laicas (Martínez & Valenzuela 1986, Razeto 1990).

Una identidad social no clasista se aviene perfectamente con las expectativas de mayor participación política. El juego político debiera permitir la integración de los grupos sociales postergados. La integración puede asumir diversos matices, ya sea desde la participación directamente política hasta las relaciones fundadas en la distribución de beneficios por el Estado. La participación en el sistema político es uno de los campos que los pobladores miran con más recelo. La referencia a la política evoca inmediatamente la manipulación de sus intereses inmediatos por agentes extraños. De allí que los conceptos de democracia entre los pobladores tiendan a alejarse de las definiciones atomizadas de ciudadano características de la democracia liberal, para acercarse a formas de participación que suponen identidad entre líderes y masa.

Como quiera que sea, en su momento este sistema de acción no constituyó un movimiento social (Dubet et al. 1989). El movimiento de pobladores se desarticulaba permanentemente ante la imposibilidad de resolver sus conflictos internos; los ejemplos no faltan: ruptura o integración, tomas de terreno o economía de la solidaridad, política nacional o repliegue comunitario. Los pobladores tampoco fueron capaces de jerarquizar su acción, de forma que ella expresara el proyecto de un movimiento. Las pequeñas y las grandes cosas se mezclaban sin que fuera clara ni su relevancia ni los pasos que medían entre las unas y las otras.

Las dificultades para constituir un proyecto expresan ni más ni menos que la fluidez de las relaciones subyacentes a la vida social de los pobladores. Un tipo de relaciones sociales puede identificarse en cada una de las orientaciones a la acción que tensionan al movimiento (Dubet et al. 1989). Hay trabajadores sindicalizados entre los pobladores, como ciertamente hay cesantía y empleo precario; hay fuertes lazos comunitarios junto con búsqueda de movilidad social; hay marginación del sistema de decisiones, pero también participación en la vida política. El problema parece residir en que los pobladores son un poco de cada uno: ni clase ni comunidad puras, ni totalmente excluidos pero tampoco integrados (Dubet et al. 1989).

Estas cuatro familias de movilización social --acción reivindicativa, militancia revolucionaria, defensa comunitaria y participación política-- constituyen el punto de partida para el análisis del movimiento de pobladores al inicio del gobierno democrático. Cada tipo de acción es una referencia que se desarrolla tomando en cuenta su devenir histórico y su encuentro con el discurso presente de los pobladores. Se trata, en suma, de mostrar el tiempo del "reflujo". Es una empresa osada porque, como se insistió en comienzo, es un análisis que se emprende en momentos en que, por así decirlo, no existe movilización social colectiva.

Las relaciones y la forma de la transición entre cada una de estas familias de movilización constituyen estrictamente el campo de las estrategias de liderazgo entre los pobladores. Debe hacerse notar que en las familias de movilización reivindicativa o comunitaria el énfasis mayor está en "lo social"; en las otras dos, el énfasis es político. Los dirigentes poblacionales perciben el mundo social o el mundo político más allá del tipo de acción en el cual están comprometidos. Los parámetros de la estrategia de construcción de movimiento social quedan establecidos por la forma en que se realiza el "paso" de una familia de movilización a otra. Entre los pobladores la búsqueda de estrategia puede plantearse como la mediación de lo social y lo político, y viceversa.

Un dirigente de pobladores puede operar en los márgenes definidos por un tipo de movilización o bien establecer relaciones de afinidad o definir antinomias con los dirigentes de otras lógicas de acción. Los

dirigentes entrevistados son dirigentes de movimiento, porque plantean los problemas estratégicos precisamente de esta forma: cómo transitar entre la exclusión y la integración, cómo moverse entre una identidad popular y una económica. Un primer campo de estrategias corresponde a los militantes izquierdistas, donde los revolucionarios marxistas buscan conectarse con prácticas comunitarias. Los dirigentes reivindicativos, por su parte, revisan los contactos con los agentes de la integración en pro de la negociación de intereses. Las prácticas comunitarias abren espacio a un radicalismo ético con un fuerte componente artístico y utópico. Finalmente, en el campo de institucionalización abierto por el régimen democrático se discute la integración de la comunidad en el marco del Estado. Revisaremos estos escenarios de uno en uno.

La militancia revolucionaria

El campo de la militancia política corresponde a una base ideológica de tipo estructural y clasista. El razonamiento es conocido de sobra: el funcionamiento de la sociedad capitalista basada en la explotación de los trabajadores define una clase proletaria con intereses "objetivamente" anticapitalistas. En estos casos los grupos sociales son vistos como expresión de estructuras de la sociedad, entre las cuales se privilegian las relaciones de producción que originan las clases sociales. La tarea del militante consiste en poner en movimiento estos colectivos, siguiendo una racionalidad anticapitalista. La tensión básica en este modo de acción está entre el seguir "los intereses inmediatos de las masas" o actuar "en pro de sus intereses estratégicos".

Esta línea de acción tiene los obreros como su base social más propia, pero las protestas poblacionales son su expresión más conocida. Durante los años de la dictadura militar, los jóvenes pobladores se convirtieron en fuente de nuevos cuadros que, si bien no cumplían con los cánones del proletario, eran concebidos como explotados por el sistema capitalista. Por ejemplo, una dirigente de la Coordinadora Metropolitana de Pobladores (de aquí en adelante Metro) se esfuerza en destacar que "la Metro nació a través de los sindicatos de la construcción en la zona oeste" (Claudina). Independientemente de la exactitud de la afirmación, ella deja claro el isomorfismo establecido por los militantes izquierdistas entre pobladores y obreros.

Los intereses de clase de los pobladores, por su distancia a las relaciones de producción, no se expresan a través de la reivindicación sindical. En los comienzos de la dictadura, su práctica se encontraba tensionada entre las nostalgias de los dirigentes más viejos por el Estado de Bienestar chileno y los anhelos de los jóvenes por un gobierno tipo dictadura proletaria. La práctica revolucionaria de los pobladores se define básicamente como la movilización de los excluidos, lo que se convierte en el rasgo que mejor define la estrategia de este grupo. Más que la movilización de un grupo de interés, se trata de la movilización expresiva de los marginados.

Pero los dirigentes izquierdistas no encuentran al obrero en la población. Patricia, dirigente poblacional desde el tiempo de las protestas, nos describe poblaciones donde la pobreza campea entre los jóvenes y sus familias. La explotación del proletario no es obvia a la primera mirada. De allí que la referencia clasista sea planteada por Patricia por vía de conciencia, organización y movilización política. Claudina, mucho más directamente, ofrece la militancia política como la alternativa para "tomar los problemas en su globalidad".

La organización política, más que ninguna otra, ofrece la posibilidad de movilizar revolucionariamente la comunidad. Patricia reconocerá organizaciones como los clubes deportivos que hacen aparecer la vida comunitaria, pero las califica de triviales desde el punto de vista de la conciencia. Claudina reclamará la necesidad del partido como un elemento "promotor y coordinador", valorando la cercanía entre "lo social y lo político". En el fondo, el sueño de la comunidad movilizada revolucionariamente no se cumple en la vida de la comunidad; sólo la política hace posible este ideal. La referencia histórica de los dirigentes izquierdistas son las protestas democráticas, que marcaron la centralidad del movimiento de pobladores en el conflicto social.

Las protestas inauguraron un nuevo repertorio de acción política colectiva, pero su significado político no se reduce a las formas de acción. Las protestas estuvieron al inicio del proceso de reconstitución orgánica y de actuación pública de los partidos políticos. Sin duda resulta aventurado afirmar que la acción de los partidos se debe a la radicalidad del movimiento social que los invoca; los partidos no surgieron ni fueron creados por las protestas. Ya existían como memoria, como fantasma o como

organización clandestina. Los pobladores invocan este fantasma que, por así decirlo, se encarna en la sociedad. Que los pobladores continuaran realizando protestas bajo la convocatoria de los partidos políticos tampoco puede catalogarse simplemente de manipulación de la protesta social. Los partidos llenaron el liderazgo necesario para la interacción estratégica, del que carecían los movimientos sociales.

Muchos dirigentes de pobladores esperaban que fueran los partidos políticos los que finalmente resolvieran el problema de la dictadura. Por cierto, ésta es la actitud de los participantes en organizaciones de pobladores que, sin abandonar una posición democrática, no mezclan la organización social con la acción política. Entre los dirigentes de base la mayor diferencia ocurre entre los partidarios de una solución por la vía de las instituciones políticas, y quienes prefieren la movilización frontal de los pobladores contra la dictadura.

La alternativa de movilización frontal encontró su fin en 1986, bautizado como "el año decisivo" por los comunistas, principal grupo político entre los que aspiraban al derrocamiento de la dictadura como resultado de la acción de masas. El año 1986 no fue el año decisivo, al menos no en el sentido que sus proponentes lo entendían. Junto con la persecución y la venganza posteriores al atentado contra el general Pinochet, los dirigentes de pobladores vivirían una profunda decepción: no cabía ya duda de que sus fuerzas serían marginales en la resolución del conflicto entre dictadura y democracia. Más aún, serían los partidos políticos más pro-institucionales los que tomarían el liderazgo de la acción contra la dictadura.

Patricia tiene claro que el carácter de la movilización social cambió después de las protestas. Luego de la derrota del año decisivo, los espacios de este sector fueron progresivamente reducidos: las protestas perdieron masividad y las organizaciones que se levantaron contra la dictadura se debilitaron hasta desaparecer. Ya en 1988 el centro de la actividad política se desplazó desde la movilización social a la organización para las elecciones. No es por decir que el proceso político no tuviera en cuenta los pobladores, sino que de la centralidad que tuvieron durante las protestas como actor del momento político pasaron definitivamente a la marginalidad. Los pobladores, incluidos los jóvenes, finalmente aceptaron las reglas del juego institucional contra la dictadura. Todos aceptaron primero votar por la alternativa del NO en el plebiscito, y después votar por el candidato presidencial de la oposición.

La campaña del plebiscito de 1988 contra Pinochet marcó el fin de la movilización revolucionaria de la comunidad. Los revolucionarios perdían terreno frente a un grupo amplio y vagamente definido como pueblo o, más genéricamente aún, como "gente". Patricia nos cuenta, desgarrada, cómo ellos hablaban de fraude mientras la gente se preparaba a votar y cómo quedaron listos para armar las barricadas mientras la gente salía a celebrar el triunfo.

Y no era tan simple como un error de cálculo político. La campaña del plebiscito mostró a los revolucionarios comunitaristas la cara oculta de la política. Les mostró la real capacidad de quienes, con toda liviandad, hablándole a "la gente", tenían una convocatoria más masiva que ellos tras pacientes años de organización revolucionaria. De allí que la frustración sea grande, porque la política "cupular" aparece como la negación de la comunidad movilizada revolucionariamente. Por eso es más doloroso que un simple error de cálculo político.

Lo que sigue al plebiscito es entonces la desmovilización general y la apatía. Para Patricia, la democratización de las Juntas de Vecinos no tiene punto de comparación con las protestas. Para Claudina, democratizar las organizaciones sociales sólo tenía sentido cuando servía para mostrar que los pobladores podían sobrepasar la legalidad dictatorial. Ni siquiera las municipalidades se salvan del reclamo: ellas fomentan la desorganización de la base social, porque solucionan los problemas sin participación.

El rechazo a la institucionalidad tiene base en la experiencia de sus dirigentes. Antes de las elecciones municipales de julio de 1992, ya bajo un gobierno democrático, los dirigentes izquierdistas se encontraban con alcaldes designados por Pinochet. También algunos sectores de la izquierda quedaron sin representación parlamentaria. Todo esto descontando la permanencia de Pinochet como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. Sobre estas bases, los revolucionarios podían argumentar a su favor que los espacios institucionales abiertos no constituyen "verdadera democracia". Sin embargo, las elecciones ensancharon los espacios de representación institucional y acrecentaron la confianza en los mecanismos de integración. A pesar de todo, los jóvenes se inscribieron en los registros electorales y las

tasas de participación electoral cercanas al ciento por ciento superaron los niveles históricos. De esta forma, también el discurso revolucionario perdió su vigencia frente a las elecciones.

En estas condiciones de aislamiento, los revolucionarios pueden intentar ensanchar su espacio intentando captar la simpatía de quienes aún no encuentran su lugar en la transición democrática. Es un camino posible, aunque no es claro qué acogida vaya a tener.⁵ Por ahora los jóvenes viven su desencanto con la revolución en la poesía, el teatro, la plástica y otras expresiones artísticas donde se intenta preservar el espíritu revolucionario.

Entre los marginales a la transición, los revolucionarios se encuentran ciertamente con grupos comunitarios radicalizados, pero las nuevas causas sociales están aún muy lejos de la lucha de clases. Y probablemente el indigenismo, la ecología, la libertad sexual, el rock, la plástica y otras expresiones del arte, estarán siempre lejos de la revolución proletaria. La fuerza de la sociedad rechaza como instrumentalización los intentos por poner sus demandas en función de la militancia política clasista. Los revolucionarios quedan más bien subordinados a la dinámica de los innovadores sociales, afirmando su identidad marginal, pero cada vez más lejos del ideal de revolucionarios. Los "subversivos estratégicos", como se califican los militantes del movimiento Lautaro, afirman el ideal revolucionario casi puramente en la acción armada.

Los movimientos sociales étnicos, en defensa de la naturaleza, por la libre orientación sexual, entre otros, han adquirido realce en los primeros años de la transición a la democracia. Estos movimientos no pueden verse como la fachada o la nueva cara de la antigua militancia izquierdista. Por el contrario, parecen haber logrado una vitalidad propia, marcando su independencia de los grupos izquierdistas cuando ello es preciso. Así, por ejemplo, durante las protestas contra el Quinto Centenario del inicio de la colonización de América, la fracción más radical de los mapuches repudió inmediatamente a los jóvenes del movimiento Lautaro que intentaron radicalizar una manifestación frente al Círculo Español.

Por su ausencia de conflictividad, estos movimientos pueden verse sobre todo como casos de innovación social, con claro predominio de la identidad y definiciones ideológicas del proyecto de sociedad (Touraine 1973). Hoy en Chile alcanzan poca figuración, y resultan generalmente aplastados por la lógica de las grandes empresas. Sin embargo, muestran una voluntad y una radicalidad en su crítica, de la cual carecen otros grupos más partidarios del pragmatismo. Se trata de grupos opuestos radicalmente a la forma en que el orden social se les impone. Entre los ejemplos más claros, los llamados ecologistas defienden los ríos de la instalación de represas o industrias contaminantes; los indigenistas piden el reconocimiento de su territorio nacional. Si acceden a los medios de comunicación o a cualquier otro espacio de diálogo, no es ciertamente para negociar, sino para rechazar rotundamente el orden social. (Véase Revista *El Canelo*).

Una mención especial merece en esta parte la llamada "economía de la solidaridad", por estar directamente vinculada a los pobladores (Razeto 1990). El proyecto que plantea el ideólogo de esta alternativa es indudablemente de largo aliento. En su visión, las formas de trabajo de la economía popular cuestionan radicalmente la lógica de la acumulación capitalista. No deja de tener razón porque, ciertamente, el capitalismo jamás ha penetrado todas las áreas de la vida social (Anderson 1991).

Estos movimientos no alcanzan respaldo en la población, preocupada de asuntos menos importantes pero más urgentes. Sin embargo, la masividad no es el único criterio por el cual puede evaluarse la calidad de un movimiento. Estas prácticas comunitarias pueden continuar como experimentos sociales de innovación, atacando las expresiones mínimas del poder. Y probablemente continuarán por mucho tiempo así. No se ve que lleguen pronto a convertirse en una fuerza política influyente como lo son, por ejemplo, en algunos países europeos. Por mucho tiempo continuarán como un área consistente de prácticas de innovación social.

Asumir prácticas de innovación social marcaría un gran cambio en la práctica de los dirigentes revolucionarios. Patricia tiene la suficiente perspicacia como para darse cuenta de que asumir la innovación social involucra renunciar a la pretensión del militante de ser vanguardia de los procesos sociales. A fin de cuentas, los revolucionarios no están dispuestos a cambiar la soberbia leninista; por eso Patricia se interesa en las prácticas de innovación como un acercamiento a la realidad, una adecuación política --una purificación necesaria-- para que los partidos asuman nuevamente la conducción del cambio social, pero esta vez con "políticas adecuadas a las realidades sectoriales".

Claudina probablemente estará de acuerdo esta vez con Patricia. Lamentablemente, no pasará mucho tiempo antes de que los revolucionarios se sientan traicionados por los innovadores y éstos manipulados por los revolucionarios.⁶

Los grupos de interés

Una posición estructural semejante habitualmente define intereses comunes. En los hechos, los sindicatos y otras agrupaciones gremiales tienden a actuar como grupos de interés. Este fue un campo de acción privilegiado por la militancia izquierdista en los tiempos del Estado de compromiso. En los años sesenta, este tipo de acción rindió buenos frutos a la izquierda entre los pobladores, donde las tomas de terreno se convirtieron en el camino regular hacia la casa propia (Espinoza 1988). Pese a ser ilegales, la presión del conflicto permitía abrir caminos de negociación donde los partidos políticos de izquierda eran los mediadores privilegiados hacia el aparato estatal.

Durante la transición, algunos dirigentes intentaron abrir los espacios institucionales de negociación por medio de la canalización de los conflictos. Muy temprano en la transición, los dirigentes izquierdistas intentaron impulsar tomas de terrenos. Para su sorpresa, se encontraron compartiendo el camino con grupos derechistas de la UDI. La diferencia principal con los años de las tomas exitosas radica en que el gobierno actual no es el gobierno reformista de los años sesenta. Muy por el contrario, la "preservación de los equilibrios macroeconómicos", verdadera *conditio sine qua non* del sistema político, se ha convertido en la salvaguarda contra la asignación de recursos sobre la base de la presión de grupos. El actual gobierno prefiere arriesgar el apoyo de algunos grupos antes que entrar en una crisis por desequilibrio económico.

La práctica de los grupos de interés entre los pobladores queda expresada mejor que nada por los deudores hipotecarios. Notablemente, son un grupo de sectores medios más que pobladores. Como decía su presidenta en ejercicio, Eliana Muñoz: "gente de villas, de blocks de departamentos en Las Condes". Por lo mismo, marca su diferencia con "los deudores del Serviu", de menores recursos. Los deudores son clase media que busca el ascenso social, que tiene un compromiso social pero que también "quiere salir adelante". Eliana Muñoz nos recalca: "yo viví la pobreza, yo sé lo que es pasar hambre, pero no por eso vamos a seguir sumergida [*sic*] en eso". Las palabras de un dirigente demócratacristiano pueden reflejar con más claridad esta idea de compromiso con los pobres que no excluye la movilidad social:

Que la gente no pierda su identidad, que no pierda sus principios, adonde nació. Y aunque tú tengas un buen trabajo, no tienes que olvidarte que fuiste pobre. Hubo un tiempo en que sufriste tanto como siguen sufriendo otros y hay que preocuparse de esa gente. (Raúl Puelle)

Los deudores son prácticamente el caso puro del grupo de interés, de la gente que se une "en torno a un problema concreto" (Carlos Jofré, primer presidente de los deudores hipotecarios). Su historia comenzó al descubrir que no podían pagar las deudas hipotecarias que adquirieron con el sistema bancario. Se trataba de un problema que tenía legitimidad social, por cuanto afectaba gente de clase media de variada orientación política. Definidos como autónomos de los partidos, iniciaron en 1986 una serie de movilizaciones que alcanzaron un alto nivel de masividad para los tiempos que se vivían. Hacia 1988, los deudores de vivienda separaron aguas con los deudores hipotecarios que se habían endeudado con fines de lucro, por ejemplo para comprar taxis, vehículos o maquinaria. Los deudores de vivienda consideran que el suyo es un problema social, por haberse endeudado para adquirir un bien básico. Carlos Jofré radica en ello el derecho a pedir la intervención del Estado para solucionar el problema de los deudores hipotecarios.

La movilización de los deudores culminó con una organización cuyo objetivo básico fue hacer escuchar la voz de los deudores en un país donde "no había Parlamento, nadie escuchaba, nadie atendía, no teníamos representación ni participación en las medidas que se tomaban de las leyes" (Jofré). Los dirigentes comenzaron a ir a los bancos en representación de sus afiliados. El resultado casi automático fue la primera repactación de deudas en 1986. Luego de unos meses volvieron a la movilización reivindicativa, esta vez en contra de la Unidad de Fomento⁷ y elaborando un plan de solución habitacional. Se trataba de una propuesta más general dentro del mismo esquema corporativo; es así

como pidieron indexar las deudas con los sueldos y salarios, pagos de gracia, eliminación de la comisión bancaria en casos calificados, entre los principales.

El resultado de sus movilizaciones puede considerarse exitoso, pues consiguieron doce repactaciones, así como algunas bonificaciones a sus deudas. Como ocurre normalmente, la acogida de sus demandas bajó la membrecía de la organización, lo cual a su vez redujo su capacidad de presión y, consiguientemente, su eficacia. Los dirigentes aún sostenían que las soluciones eran de parche, pero en los hechos el perfil de la organización iba bajando.

En el período de transición, el discurso reivindicativo se traduce en el anuncio de catástrofes por el apremio de los bancos o porque las soluciones son parciales (Eliana Muñoz). Pero la realidad no sigue el camino de la tragedia que pintan estos dirigentes: ni hay lanzamientos masivos, ni el gobierno pierde su popularidad. Aparentemente, el gobierno cuenta con mecanismos de manejo del conflicto que le permiten reducir su explosividad social, establecer caminos de negociación. Por ejemplo, en el caso de la vivienda, el gobierno ha llevado a cabo un programa masivo de construcciones que, unido a la ampliación de los mecanismos de postulación, prácticamente ha detenido las tomas de terreno.⁸ En esta pauta de institucionalización, los grupos de interés se fraccionan y difícilmente entran en acciones concertadas. Sin duda, el desarrollo de grupos de interés supone la posibilidad de tener fuerzas para influir en las esferas de decisión. De hecho hay grupos de interés que actúan en el escenario nacional, pero que expresan grupos poderosos: sindicatos trabajadores que aportan gran parte del producto nacional, profesionales de prestigio, empresarios en funciones estratégicas. El drama de los ciudadanos comunes y corrientes, como los deudores hipotecarios, es que no pueden expresarse ni como tales ni a través de otros grupos de interés. Las negociaciones, el lobby y mediaciones de los grupos más poderosos, no llegan a involucrar parte sustancial de la población. "La gente" queda fuera de este esquema de negociación de intereses.

Eliana Muñoz, actual presidenta de los deudores hipotecarios, se queja amargamente del desencanto que se produce al comprobar que los intereses de la base social no tienen cabida en el sistema político:

Yo tenía una fe enorme en que se nos resolvía el problema; por lo menos en que íbamos a estar más cerca de los parlamentarios o ministros, que nos iban a recibir, que iban a escuchar nuestros planteamientos, y que los proyectos que enviara el Ejecutivo iban a ser ideas nuestras.

La integración no opera como estos grupos de clase media esperaban. Al contrario, sienten que los problemas sociales fueron sólo un buen tema para la campaña de parlamentarios que ahora no tienen problema en dejarlos plantados. Los dirigentes reivindicativos van perdiendo sustentación porque no pueden intermediar entre el sistema político y los grupos de interés. En palabras de Eliana Muñoz, "no tenemos respuestas para la gente; nunca podemos decir nada que los aliente". Peor aún, falló la apuesta que hicieron al traspasar su apoyo como dirigentes sociales con votos a los parlamentarios. Ahora su base les recrimina que los parlamentarios no cumplen con lo que prometieron. Ciertamente, la participación no avanza por el camino de los grupos de interés, ni siquiera para los que quieren participar.

La participación supone, definitivamente, estar al otro lado de la cerca, esto es, del lado de la política. Raúl Puelle, jefe del Departamento de Pobladores de la DC, funda su identidad en el compromiso con los pobres que surge de su experiencia de la pobreza. El se cuida de marcar las diferencias: un representante "que anda bien vestido" y que es "un orgullo" para el poblador (mal vestido) que representa. En el fondo, Puelle cree en la integración social y política; por eso la movilidad social ascendente no es ajena a su proyecto.

Pero Raúl Puelle está del lado de quienes andan bien vestidos. Puelle está en el lado de los políticos, y por eso percibe la comunidad como desorden y los partidos como principio de control social. "Para que el gallo no se nos pueda arrancar. . . Si él empieza a querer que la organización parta para otro lado le vamos a decir [al dirigente político nacional]: usted tendrá que cambiarlo". Su mecanismo de acción es la del compromiso y el acuerdo con las directivas nacionales de los partidos y con los parlamentarios.

El acuerdo y el compromiso no descartan la participación de organizaciones, siempre que éstas tengan la representación adecuada. No obstante, para el dirigente demócratacristiano las organizaciones comunitarias en su mayoría no tienen "razón de ser", porque responden a problemas "que se van a

solucionar". La única organización permanente que es posible dentro de su lógica es la Junta de Vecinos, porque aglutina a nivel de población y puede expresarse como federación. Debe notarse que esta visión constituye una simplificación enorme de la realidad. A fines de 1990, en una sola unidad vecinal de Santiago existían 72 organizaciones vecinales aparte de la Junta de Vecinos, incluyendo cuatro comités de adelanto (Guerra 1991).

En este contexto, la participación opera como una relación controlada ya sea por los partidos o por la burocracia pública. Al buscar que el sistema político asiente su dominio en el mundo poblacional, Raúl Puente obtiene un resultado inesperado. Al promover organizaciones de base se encuentra con microempresarios, problemas de salud, drogadicción, entre los que menciona. Todos éstos son los problemas que no se representan bien en la Junta de Vecinos y en las organizaciones que, dentro de su esquema, debieran desaparecer. Esta es la comunidad que se mete al sistema político sin orden ni concierto, como demanda insatisfecha.

El espacio local

La representación de los intereses de los pobladores quedó sin expresión directa en el sistema político. Las organizaciones de pobladores volvieron a la vida ordinaria en la población. Los líderes de ayer devinieron personas comunes y corrientes. Quedaron reducidos a la población, entre sus pasajes, sus amigos y sus rutinas ordinarias. Ellos no entraron al negocio grande: el gobierno, el Congreso y la lucha de los grandes intereses.

La política y las decisiones quedaron para otra gente. Algunos pobladores alcanzaron inserción en el sistema político, pocos en puestos de responsabilidad, los más en los escalones administrativos. El transcurso del tiempo fue dejando en claro esta falta de vínculos entre la estructura de representación del sistema político y los intereses de la base social, especialmente los pobladores. Porque la burocracia no pareció abrirse a una interacción con las organizaciones sociales, ni los partidos políticos estaban interesados en promover la movilización de la base social. Las esperanzas de los pobladores se fueron diluyendo.

El espacio de las comunidades locales, el llamado mundo poblacional, es popular a su pesar. Como lo dice Gregorio Cano, jefe del Departamento de Pobladores del Partido Socialista, éste es "el mundo de los pobres, de los excluidos. . . del que cambió de la lucha por trabajo a pequeñas organizaciones de subsistencia, talleres y educación". Y aunque reconoce que esta marginación es resultado de la explotación del sistema capitalista, no asimila estos marginados al proletariado.

Cano busca tematizar la política desde su experiencia como poblador, desde esta identidad ambigua del que a su pesar no es plenamente trabajador. Más aún, reconoce que entre los pobladores existen varios "discursos" que no pueden reducirse a uno. Como socialista, conoce el discurso revolucionario que surge de la explotación, pero como político deslinda terreno con estas prácticas. Cano fue testigo del momento en que los revolucionarios tuvieron que apedrear a los obreros porque éstos no querían perder su trabajo y por eso iban a trabajar un día de protestas. Aquí, nos dice, la movilización de los pobladores se convirtió en "pura violencia"; pero sobre todo, las protestas se hicieron "políticamente ineficientes". Nada más lejos del discurso dolorido de Patricia, que vio frustrado su ideal de movilización revolucionaria. Gregorio Cano concluye fríamente que "se hicieron buenas protestas, movilizaciones interesantes, ordenadas y sensatas; pero no había interlocución". Por eso no tiene problema en reconocer que el diseño del cambio de Pinochet es mérito de los partidos políticos.

Otros dirigentes de pobladores rechazan la ruptura con el orden social y político para afirmar un ideal de comunidad sin divisiones (Hugo Flores). Realzan la importancia de la familia y buscan mejorar las condiciones de vida. Durante los años ochenta también se vio un auge de una línea de estudios sobre el gobierno local que analizó la crisis de representación asociada a la segregación y la exclusión social, para dar lugar a una visión romántica de la participación y la democracia. Esta aproximación buscaba promover un tipo de vida comunitaria caracterizado por relaciones solidarias, participación directa en las decisiones, construcción a escala humana, tecnologías suaves, entre las más importantes (Razeto et al. 1983, Friedmann y Salguero 1989). Pero sólo unas pocas organizaciones cumplían con estas condiciones; se trataba de colectivos feministas, grupos de autoconstrucción y las "organizaciones económicas populares". Los estudios sobre el "poder local" llegaron a ser altamente ideológicos;

mostraban la vida organizacional como un conjunto de "experimentos sociales" que representaban un nuevo orden a escala microsocioal (Rojas 1986, Razeto 1987, 1990).

Cano también deslinda terreno con el ideal comunitario. Como poblador conoce la vida de comunidad y sabe del valor ético de la unidad. Sin embargo, critica planteamientos basados en la educación popular, como los del MAPU, según los cuales "todo es política". A su juicio, este tipo de afirmaciones sólo contribuye a vulgarizar la práctica de la política al no reconocerle un lugar propio. Tampoco se salvan de su crítica las "coordinadoras territoriales". Gregorio Cano sabe que la política como compromiso ético no va más allá de la ideología, y lo que él busca es la eficacia.

El jefe socialista de los pobladores afirma en la eficacia política su estrategia hacia los pobladores. De una parte, corta el terreno con los revolucionarios por su ineficiencia política, muestra la esterilidad de la práctica política que no acepta compromisos y negociaciones, y reivindica un lugar para la política. Su gran diferencia con un dirigente como Raúl Puelle es que Cano aún no pasa hacia el terreno del sistema político; por el contrario, Cano intenta hacer política desde una comunidad identificada como pueblo, aceptando los compromisos, y sin ensimismarse en la organización comunitaria como actividad política.⁹

Dentro de esta perspectiva, la participación de los pobladores es la conclusión lógica; se trata de "trabajar dentro del sistema". Pero Cano también sabe que los pobladores están lejos de tener sitio en la mesa de las grandes decisiones que afectan la construcción política del país. A su juicio, los pobladores izquierdistas cayeron ya al momento del plebiscito, por ingresar a la arena política sin apoyar con claridad el diseño político de la transición. Este es el reconocimiento más descarnado de la imposibilidad de generar un discurso político desde la comunidad. Por eso Cano se conforma hoy con lo que llama una "movilización positiva hacia el Estado", consistente en prácticas autogestionarias con apoyo estatal y que generen instancias de participación a nivel municipal.

El espacio municipal fue el terreno elegido para la acción de muchos de los antiguos dirigentes de pobladores. Cuando en 1992 apareció la posibilidad de la elección municipal, ellos pusieron su energía en lograr los mejores resultados. Porque, después de todo, éste era el espacio para realizar los anhelos de participación y organización a escala local, de convertir las municipalidades en órganos de gobierno local. Esta es la parte del aparato estatal más cercana a la población y donde la presión de los grupos de interés opera marginalmente. La presión que aparece aquí es la de la población misma con sus necesidades insatisfechas.

La presión de los no integrados, de los pobres, sobre la municipalidad no responde a una estrategia. El demócratacristiano Puelle se ubica al lado del sistema político y clasifica la comunidad de acuerdo con sus intereses y necesidades. De esta manera resulta más conveniente para la aplicación de políticas sociales. El socialista Cano se pone del lado de la comunidad para buscar la integración en el sistema. No obstante, su "movilización autogestionaria" no resuelve los mismos problemas que él planteó. Se trata, entonces, de un movimiento hacia la participación que carece de una estrategia de integración.

Tampoco la operación del sistema municipal va a resolver los problemas que plantea la integración participativa. Los municipios tienen un rol destacado en la asignación de los recursos públicos destinados a políticas sociales. Algunas de sus funciones especializadas involucran el manejo de programas de salud, educación, vivienda, subsidios directos, infraestructura física y otros servicios. Una creciente parte del gasto social del gobierno es ahora manejada por los gobiernos locales. Tal cual están organizadas, las municipalidades cumplen básicamente con las funciones de regular la organización física de la comuna, proveer de servicios a su población y manejar programas de subsidio a la pobreza vía políticas sociales (Rosenfeld et al. 1989).

La mayor parte de los cambios a la legislación municipal ocurrieron durante el período del gobierno militar. Lejos de buscar una ampliación de la participación popular, la reforma municipal se inscribió en el marco de la descentralización de las funciones públicas (Rosenfeld et al. 1989). De hecho, la municipalidad pasó a formar parte del gobierno interior del Estado. La reforma a las leyes municipales en 1991 tuvo como resultado introducir un cuerpo electivo al interior de un aparato que se entiende más como parte de la burocracia pública.

Las elecciones municipales de 1992, desde este punto de vista, representan la oportunidad que abre el sistema político para integrar los intereses de los pobladores. De hecho, la mayor parte de los dirigentes de pobladores de la época de las protestas participaron como candidatos en estas elecciones. Muchos

de ellos tuvieron suerte y fueron elegidos como concejales o alcaldes. La primera pregunta que queda abierta es cuál es la capacidad del sistema político para integrar a los pobladores a través del sistema municipal. La otra es, por cierto, cuál puede ser la actuación política de los dirigentes de un movimiento que no fue capaz de generar una estrategia de integración política.

Las respuestas no son simples. La municipalidad no forma parte del aparato representativo, sino del aparato de administración interna del Estado. Sus responsabilidades directas tienen que ver con la gestión de los servicios urbanos y algunas políticas sociales contra la pobreza. Este marco puede establecer un escenario de institucionalización para los desposeídos. Ello depende con mucho de la gestión que sean capaces de hacer estos dirigentes, especialmente los alcaldes, transformados en una mezcla entre representantes y parte de la burocracia.

La característica más notable de este modelo es que puede prescindir de la mediación de los partidos políticos en la canalización de las demandas, como fue característico en épocas anteriores. Los grupos de interés, ya sean de los poderosos hacia el gobierno nacional o de los pobres hacia el gobierno local, llegan directamente hasta la burocracia. De alguna forma, el grupo de interés puede habitar en el sector burocrático del sistema político. Estos equilibrios son fáciles de quebrar cuando la estrategia de establecimiento de clientelas por parte de los políticos quiebra las normas de equilibrio aceptables en una comunidad.

¿Estamos acaso al fin del movimiento de pobladores? Tal vez sea sólo el fin de un movimiento organizado por oposición a un aparato estatal arcaico y poco flexible a las demandas de los pobres. Nada mejor para esto que escuchar a un dirigente derechista de los pobladores, que reúne la experiencia de haber estado al otro lado de la cerca, en el aparato municipal de la dictadura, e intentar ahora organizar la oposición al gobierno entre los pobladores. Alfredo Galdames plantea que lo más difícil para organizar oposición al gobierno es que éste posea "esquemas de solución". Así, cuando ellos organizan pobladores en torno a sus carencias, se encuentran con un municipio que no busca controlarlos o manipularlos, sino que les puede solucionar sus problemas.

La movilización de los pobladores puede terminar disolviéndose en múltiples grupos de interés, vale decir, en grupos de pobladores con carencias diversas. Recordemos que los municipios asignan el gasto social sobre la base de un sistema de focalización individual, de acuerdo con sus niveles de pobreza. En el marco de una política social de este tipo, las organizaciones no tienen sentido de existir. El dirigente derechista de pobladores lo plantea sin problemas, al polemizar con el diputado Carlos Montes:

Lo más probable es que lleguemos a eso de que las Juntas de Vecinos prácticamente no existan y que, en definitiva, los vecinos se van a organizar en torno al problema, pero sin necesidad de que exista una organización permanente. No veo que el mundo camine hacia que la gente esté tan organizada; yo creo que eso es muy socialista.

"No se necesitan organizaciones permanentes", nos repite Alfredo Galdames, pero le falta agregar que ello es cierto cuando la política social opera de una forma eficiente. De hecho, la política social disuelve la comunidad en sus intereses particulares al tratar a los pobladores como agregados de personas con carencias. También es posible que la política social se distorsione y que refuerce otro tipo de identidades, como ocurre cuando la política social se pone al servicio de intereses populistas. Eso puede ocurrir sin necesidad de convertirse en socialistas.

El riesgo mayor que corre la operación de los municipios es que sus dirigentes cedan al caudillaje. Así, puede ocurrir que los municipios rompan la equidad de la distribución al establecer sus clientelas. La mayor garantía de reproducción, sin embargo, consiste en que el alcalde haga una política justa para todos los habitantes. De otra parte, los dirigentes en la municipalidad pueden tender a burocratizarse, con lo que se convierten en una burocracia que actúa políticamente. Su futuro dependerá de la capacidad que tengan para establecer escenarios de negociación. Acaso no estemos al fin del movimiento de pobladores, sino simplemente en la partida de otro capítulo de su historia.

MOVILIZACIÓN, INTEGRACIÓN Y SOCIABILIDAD

La línea de acción de los dirigentes, sea cual fuere, muestra claras limitaciones en su posibilidad de articular familias de acción colectiva. Para los revolucionarios, la desmovilización de la comunidad refleja

la apatía de la base, seducida por las posibilidades de integración y movilidad social. La integración, sin embargo, no fortalece los grupos de presión, como lo han comprobado los pobladores más acomodados, reducidos a un pequeño núcleo de dirigentes, resueltos a vagar por los laberintos del aparato público. La participación ni siquiera resulta fácil a niveles más modestos, en el aparato municipal. Muchos de los antiguos dirigentes de pobladores se encuentran hoy del otro lado de sus representados, integrados al aparato público y sin una estrategia de participación.

La flaqueza común a las tres líneas de acción mencionadas es la de un grupo de dirigentes separados de su base: por apatía, por falta de compromiso, o por carencia de estrategia. El problema es ciertamente antiguo y no sólo propio de las fases de desmovilización. Frecuentemente, los "movimientos sociales" están constituidos por un grupo activo de dirigentes que actúan en representación de un grupo social. Pero la acción de los pobladores desborda con mucho la convocatoria de sus dirigentes; muchos dirigentes viven esto como frustración. Si se pudiera hacer un inventario de la actividad de los dirigentes, se vería que ella consiste de muchas acciones fallidas y que las movilizaciones exitosas, entendidas como aquellas que sobrepasan el círculo de los activos, son mucho menos de las que se piensa. El socialista Gregorio Cano lo expresa de la siguiente forma:

La lógica es ir generando hechos, no importa el resultado. . . . Eso puede ser bueno en algún momento, y se puede dar el palo al gato. Pero la mayor parte de las veces no es así y se produce desencanto, abandono, desertión.

La construcción de una estrategia se prueba precisamente en la capacidad de realizar acciones que convoquen más allá del círculo estrecho de los conocidos. Pero rara vez los dirigentes pueden predecir por qué en algunos casos la acción colectiva resulta exitosa y en otros, no. Refiriéndose a las protestas, el dirigente socialista afirma que "todo el mundo desconocía el modo de gatillar [la acción]. Nadie puede decir con honestidad que tenía el control".

La honestidad con que los dirigentes muestran la separación entre ellos y "la base" pone de manifiesto por qué resulta insuficiente una teoría de los movimientos sociales sin referencia a la estructura social. La "base" a la cual aluden los dirigentes de los pobladores no es otra cosa que una estructura social opaca, cuyos principios de constitución de sujetos o integración social no son evidentes para quienes intentan actuar sobre ella. Así, el principio de acción representado por los dirigentes no encuentra su engarce natural con la sociedad, y cuando "gatilla", no es por las razones que los militantes del movimiento social piensan. Pero tampoco es resultado de la desintegración social, como plantearon algunos intelectuales (Tironi 1990, Valenzuela 1984).

Por cierto, la estructura social alude a una serie de fenómenos y no puede reducirse a una versión "correcta" de las contradicciones de clase. Si se toma la forma en que se organiza la vida económica de los pobladores, debe además considerarse cómo ellos lo viven como experiencia cotidiana, así como el rol que toma el vecindario en estas prácticas. La organización general y cotidiana de la vida económica establece los principios de integración social sobre cuya base operan organizaciones. En el marco de esta sociabilidad cotidiana puede entenderse la acción de los dirigentes sociales. A continuación se examina con más detalle los componentes de la sociabilidad de los pobladores.

La base social y los espacios de reproducción

Desde mediados de los setenta hasta mediados de los ochenta, la economía chilena pasó por un profundo proceso de reorganización, que luego se conocería como un proceso de ajuste estructural. El ajuste estructural buscaba equilibrar la economía para establecer las condiciones del crecimiento económico sostenido. Tales ajustes han tenido al menos tres características notables: una reconversión productiva, consecuencia de la apertura a los mercados externos; la reducción del gasto público, que lleva a una redefinición del rol estatal; y el establecimiento del mercado como el regulador de la asignación de recursos económicos.

El proceso de transformación estructural de la economía chilena desde mediados de la década de 1970 tuvo como consecuencia inmediata un aumento de los niveles de desempleo y una agudización de los niveles de pobreza, hasta fines de los ochenta. En la euforia inicial de la privatización, el gobierno supuso que, a la larga, el mercado lograría asignar eficientemente los recursos, terminando con la

pobreza. En consecuencia, a las políticas sociales les cabía un rol subsidiario y temporal para con aquellos sectores más perjudicados por el ajuste. Al efecto, el gobierno militar desarrolló una "red social" que buscaba hacer llegar recursos de diverso tipo a los más pobres.

Desde mediados de los años ochenta se desarrolló un amplio debate respecto a la estimación del número de pobres en Chile (Martínez 1989, 1986, Raczynski 1987, Ruiz-Tagle 1989, Cepal 1990, Tokman 1991). Gran parte del debate estuvo centrado en la estimación del número de pobres; de hecho, dependiendo de la técnica usada, el número podía variar hasta en un millón de personas. El debate acerca de la técnica más adecuada para estimar el número de personas pobres fue sólo la proa de una discusión respecto del carácter de la pobreza. Para empezar, cuando el número de pobres fluctuaba alrededor de 40 por ciento de la población era difícil sostener que se trataba de un fenómeno transitorio. Junto con ello, "los pobres" cobraron significado como una categoría social; algunos intentaron entonces caracterizar su comportamiento (Tironi 1990).

La permanencia de la pobreza como fenómeno social, y de los pobres como categoría, tiene un impacto en las condiciones de empleo. Las condiciones actuales de empleo establecen condiciones de sociabilidad donde las prácticas de la fuerza de trabajo pagado se encuentran con prácticas reproductivas, antes características de la población excedente (Mingione 1991). Tal condición replantea el sentido que tiene el análisis de las economías informales. Antes que resaltar sus características como un sector económico independiente, vale más detenerse en su significado como práctica económica con fuertes componentes institucionales. La economía informal aparece en Chile, sobre todo, como un sistema de relaciones que combina actividades productivas, muchas veces asalariadas, con prácticas reproductivas que actúan como soporte institucional en condiciones de empleo inestable e ingresos insuficientes. Este es el sistema que se denomina economía informal.

Las relaciones características de la economía informal operan a través de redes sociales expresadas como distribución de recursos para la sobrevivencia, organizaciones formales y organizaciones productivas. Sin duda es un campo más amplio y rico que el de las "estrategias de sobrevivencia" (Torrado 1981). Las redes sociales asociadas a las prácticas reproductivas constituyen el núcleo de la sociabilidad espontánea de los asentamientos urbanos populares. Estas redes tienen como su base los hogares, y el vecindario inmediato como su campo de acción. Las mujeres son los agentes claves para la constitución y operación de estas redes.

La realidad de los trabajos inestables y la desregulación de las relaciones laborales establece el marco estructural en el que la organización de la economía deriva hacia los trabajadores y sus familias. La orientación de las economías hacia la exportación reduce la importancia del mercado interno, por lo que la competitividad puede estar basada en bajos salarios. Entre las formas criticadas por las organizaciones sindicales (en sus planteamientos por reforma a las leyes laborales), se encuentran los contratos temporales, la posibilidad de despido por "necesidades de la empresa", las dificultades para negociar colectivamente, la falta de acceso a sistemas previsionales y de salud privatizados, concomitante a la baja en la calidad de los servicios públicos.

En el ámbito de la vida diaria de los trabajadores, la desprotección legal se traduce en un acercamiento de las prácticas de producción y las de reproducción. La mayor parte de los trabajadores son asalariados, muchos de ellos en la construcción, pero muchos otros trabajando en pequeñas empresas (Mideplan 1992). Las relaciones asalariadas en grandes o pequeñas empresas operan desprotegidas legalmente, a veces al margen de las disposiciones legales o tributarias. No obstante, el trabajo en pequeñas empresas está localizado en los vecindarios mismos.

Otra área de cercanía entre las prácticas reproductivas y productivas lo ofrece la integración y distribución de los recursos al interior de redes familiares o vecinales. La mantención de cesantes en condiciones de ausencia de seguro de desempleo; el cuidado de los niños para permitir la integración de las mujeres al trabajo pagado; los intercambios de herramientas, insumos o dinero con fines productivos; la mantención de quienes no participan en el mercado de trabajo, todas son prácticas de reproducción social, afincadas en las familias, a veces en redes más extensas que ésta, que permiten la reproducción de los trabajadores.

Lo que interesa destacar es que las prácticas reproductivas que se mencionan, a veces englobadas en el concepto de "estrategias familiares de subsistencia" (Torrado 1981), ya no son patrimonio de la

"sobrepoblación relativa", ya no pueden ser asociadas exclusivamente con la pobreza (Mingione 1991). Al contrario, las "estrategias de sobrevivencia" forman parte de la vida cotidiana de muchos trabajadores asalariados, en la medida en que los ingresos derivados del trabajo no les permiten mantener y reproducir una familia. Estas prácticas cotidianas hoy son parte sustancial de la vida diaria en las poblaciones de Santiago (Espinoza 1992).

Si las prácticas reproductivas están integradas con tal fuerza en la vida cotidiana de los trabajadores, vale la pena preguntarse cómo es que se organiza o cómo opera la estructura social al interior de las poblaciones de Santiago. Por medio de una encuesta que estudió las características de los contactos sociales para reproducción, pudo establecerse una imagen de la red social que establece una familia en sus prácticas reproductivas (Espinoza 1992). El grueso de los núcleos de reproducción constituye un grupo de entre tres y seis familias nucleares relacionadas entre sí por el intercambio de recursos de subsistencia.

Las redes sociales vinculan diversas familias entre sí; la pobreza no tiene como traducción directa la reconstitución de familias extensas. Los sistemas de ayuda familiar operan en el concierto de estas redes que vinculan unidades residenciales diferenciadas. De alguna forma, la federación de familias nucleares a través del intercambio de recursos puede concebirse como un tipo peculiar de familia extensa; no obstante, las relaciones de parentesco no son la base de la membrecía en estas redes. El territorio común del vecindario ofrece la oportunidad básica para la formación de relaciones entre familias. Estas redes sociales tienen como fundamento un fuerte componente territorial; sin duda, la familia es el núcleo de estas prácticas reproductivas, pero ellas operan mediadas por el territorio.

El territorio de una red social reproductiva en las poblaciones de Santiago es sumamente pequeño. Se reduce frecuentemente a un par de cuadras alrededor de la vivienda y, como una regla, el grueso de sus miembros pertenece al "pasaje" en el cual está la vivienda. En cada uno de éstos pueden operar varias redes simultáneamente, aunque rara vez comparten sus miembros.

El pasaje es una callejuela que se forma entre las viviendas pertenecientes a dos manzanas que están frente a frente. Habitualmente, comprende entre 25 y 32 domicilios. El pasaje, para muchos efectos, es la extensión pública de la vivienda, que opera como espacio de interacción compartido con los vecinos. Es el espacio del vecindario por excelencia: los vecinos se conocen, se encuentran todos los días, sus niños juegan en el pasaje, la gente se instala a mirar por las ventanas. En estos pasajes se establecen las relaciones que cimientan la vida social de la población.

La importancia de los pasajes en la articulación de la vida cotidiana permite entender las dificultades de algunos promotores comunitarios que buscan establecer una organización barrial basada en las manzanas (Walker et al. 1986). De hecho, los habitantes de un costado de la manzana están de espaldas a otros miembros de la unidad. Si bien un patio común habitualmente conecta las viviendas "por atrás", el grueso de la interacción ocurre "por delante". La manzana es una unidad que pertenece al universo conceptual de los arquitectos de la vivienda social, preocupados de optimizar el uso de los terrenos (Vergara y Palmer 1991). Así, antes que las calles tengan sus nombres, las manzanas están claramente identificadas en los planos. La verdad, desde el punto de vista de la vida social, el diseño de vivienda social produce calles y no manzanas. Esos pasajes donde apenas cabe un ambulancia, que en el diseño de vivienda social son aún más residuales que las áreas verdes, son la base de la vida diaria.

Poblaciones e integración social

A estas alturas, es posible atacar la cuestión de si las poblaciones están integradas o no. La vida de pasaje es evidente para cualquiera que se asome por una población; los hay plenos de actividad social, los hay cerrados al estilo "condominio", los hay pintados por los jóvenes, los hay mejorados o embellecidos por iniciativa de los vecinos.¹⁰ Hay muchos signos que hablan de esta unidad. Sin embargo, hay la imagen de desintegración en las poblaciones, lo que impediría referirse a los pobladores como una comunidad, y menos como un movimiento social. ¿Qué base tiene esa aprehensión?

De los "nichos urbanos" que amparan subculturas, "la población" es el más mencionado. La población ciertamente aísla grupos sociales y los hace interactuar en un contexto social caracterizado por la pobreza, alta densidad, carencia de servicios, frecuente intercambio, fuertes relaciones personales y creciente homogeneización social. "La población" debe entenderse por oposición al barrio de clase

media, donde las prácticas sociales asumen un carácter más impersonal, aislando a las familias en su vida privada y en el consumo.

La investigación sobre los habitantes de la ciudad hoy dirige su atención hacia las formas espontáneas de sociabilidad para responder la pregunta acerca de la calidad de la integración en el ambiente urbano. La densidad social de los habitantes de la ciudad no se reduce a sus organizaciones formales o al discurso de los líderes de estas organizaciones. Los cambios estructurales han hecho relevantes los espacios de reproducción social. Los ingresos de los trabajadores ya no alcanzan a mantener una familia, por lo que los hogares habitualmente combinan ingresos provenientes de fuentes diversas. Más aún, la inestabilidad de los empleos urbanos hace imperiosa la necesidad de una red social de protección y apoyo para los períodos fuera de la fuerza de trabajo pagado o para encontrar trabajos remunerados.

La operación de las redes sociales de subsistencia como mecanismos de integración social puede tomarse a partir de antecedentes aparentemente contradictorios. De una parte, se trata de redes entre personas que se conocen desde que la población se fundara, y aun antes; son personas que tienen una interacción diaria, y que se consideran buenos amigos entre sí (Espinoza 1992, Hardy 1985, 1987). De otro lado, las redes de subsistencia comprenden un grupo pequeño de personas, se establecen en territorios muy reducidos, y rara vez establecen relaciones entre ellas (Espinoza 1992, Campero 1987). Entonces, mientras una parte de la realidad parece mostrar signos de fuerte integración comunitaria, la otra muestra atomización.

La paradoja de que los lazos fuertes no favorecen la integración social fue argumentada hace dos décadas por Mark Granovetter (1973). El establecimiento de lazos fuertes con otras personas reduce la posibilidad de ampliar el número y la variedad de los contactos. Los lazos débiles, por el contrario, permiten mantener un número grande y variado de contactos. Más aún, los lazos débiles hacen de puente con círculos sociales a los cuales de otra forma no se tiene acceso; de esta forma, los grupos donde priman los lazos débiles reciben y circulan información ágilmente, son más tolerantes a la diversidad, son más proclives a la innovación (Granovetter 1982).

Las comunidades de lazos fuertes son, en verdad, un conjunto de pequeños círculos homogéneos, estrechamente vinculados en su interior, pero con escasa conexión hacia otros ámbitos, incluso con otros círculos en la misma población. Así puede entenderse que, durante la época de las protestas, tomaran cuerpo entre los vecinos rumores del tipo de que otro pasaje les atacaría. Ello sólo puede ocurrir por la ausencia de comunicación entre un pasaje y otro; lo desconocido se vuelve amenazante y los que se conocen se encierran en sí mismos para protegerse.

La imagen de integración social en las poblaciones parece mostrar una serie de pequeños grupos fuertemente integrados entre sí, pero desvinculados de otros grupos de similares características. La imagen de un rompecabezas parece adecuada: las pequeñas unidades están ensambladas entre sí, pero una leve presión externa puede dejar cada grupo reducido a sí mismo. Los lazos débiles conectan un grupo con otro, ya sea de forma horizontal o verticalmente, a través de un mediador. Los lazos débiles tejen unidad a través de los pequeños grupos.

Vale detenerse en este punto, pues permite poner el tema de la integración en contexto. La integración del tipo "sociedad de masas", donde cada individuo está aislado del resto y sólo se relaciona a través de los medios de comunicación, no es la realidad de las poblaciones. Tampoco es la realidad una pujante comunidad solidaria, que posee una identidad común y que comparte sus recursos. La realidad de las poblaciones es la existencia de círculos de tres a seis familias, con viviendas diferentes, que intercambian frecuentemente entre sí.

Quizás el descubrimiento más interesante sea que la molécula básica de la integración social son redes sociales que operan como una federación de familias nucleares. Esto indica que el "punto sólido" donde se apoya la organización población no son los individuos, ni siquiera la familia, sino esta red social de diferentes familias. Puesto de una forma negativa: la desintegración no llega tan lejos como para destruir la familia, ni siquiera las relaciones de vecindad entre familias. El resultado del ajuste estructural y de la pobreza no es la reconstitución de la familia extensa, como tampoco la desintegración familiar en una masa anómica de individuos.

La pregunta que sigue es si acaso existe integración en un nivel mayor; vale decir, cómo se conectan estas moléculas entre sí. Una pregunta similar ha sido planteada en el contexto de la "viabilidad" de las sociedades latinoamericanas (Sorj 1991). La crisis de legitimidad del poder estatal aparece entre los pobladores como bloqueo a las estrategias de construcción de movimiento por oposición al Estado. Sorj (1991) argumenta que la crisis del poder estatal conduce a una fragmentación de las sociedades en un conjunto heterogéneo de mecanismos de sociabilidad. La mayor parte del tejido social generado corresponde con procesos microsociales de sobrevivencia. El plano microsocial afecta la gobernabilidad de las sociedades, ya que la fragmentación se proyecta, retroalimenta, imbrica y rearticula constantemente con toda forma de organización social (Sorj 1991, Mingione 1991). De aquí la relevancia del análisis microsocial de las redes sociales para comprender el funcionamiento global de la integración en estas sociedades.

Mientras tanto, los pobladores viven la crisis que resulta de la incapacidad de la política para producir integración social. En la tradición de las poblaciones, los partidos políticos izquierdistas actuaron como uno de los factores más relevantes de integración horizontal. La "célula" o el "núcleo" partidario recogen los rasgos de lazos fuertes, cercanía e interacción cotidiana propios de las poblaciones. La organización partidaria es el lazo débil que traspasa e interconecta todas estas pequeñas unidades, proveyéndoles unidad e identidad. Los vínculos partidarios mantienen, no obstante, una jerarquía basada en la ausencia de interconexión directa entre las unidades pequeñas. Estas formas de integración permiten entender la así llamada "tradición organizativa", que hace a algunas poblaciones más activas que otras (Schneider 1990).

Por oposición a un modelo de integración horizontal, en las poblaciones también operan mecanismos verticales de integración. Estos se refieren a contactos con la "sociedad moderna", que han sido la base de las clases medias en Chile: los profesores, los funcionarios públicos, los abogados, entre otros (Touraine 1976). La característica de los mecanismos de integración vertical es ofrecer un intermediario entre el grupo inmediato de referencia y círculos sociales distantes. En política es frecuente que estas relaciones operen como un sistema de clientela o "brokerage" (Valenzuela 1977).

Los contactos de integración vertical entre los pobladores pueden calificarse como débiles en un contexto de lazos fuertes. El vínculo hacia círculos sociales distantes está muchas veces reducido a las conexiones establecidas por medio de las relaciones de parentesco. Se trata de primos, tíos, cuñados o suegros, cuya actuación como vehículos de integración es más bien reducida. Los mecanismos de clientela han cobrado relevancia desde el plebiscito de 1988, pero aún no han llegado a consolidarse como un mecanismo de integración, sobre todo cuando las municipalidades democráticas recién entran en funciones.

Gran parte de los mecanismos verticales de integración operan como asambleas en los márgenes de unidades de la población. Las asambleas relacionan grupos y núcleos diversos bajo una organización que puede o no representar intereses. Expresión típica de esta forma de integración son las comunidades religiosas.

La comunidad pentecostal ha tenido gran difusión durante la última década en las poblaciones de Santiago. Como se sabe, la comunidad pentecostal se expresa en multitud de pequeñas iglesias, cuya feligresía rara vez pasa del ciento de personas. Esta forma de organización corresponde perfectamente con la lógica de una comunidad estructurada sobre la base de pequeños círculos. Las comunidades pentecostales ofrecen una religiosidad que, de alguna forma, refleja la atomización de las poblaciones.

La comunidad católica, por contraste con la evangélica, busca constituir el pueblo de Dios por medio de la comunión universal; esto significa que quiere romper con la estructura de los pequeños grupos. Por ello, el cura ejerce un liderazgo casi espontáneo, al intentar vincular grupos que de otra forma estarían aislados. En la medida en que los curas no aceptan este rol de liderazgo, la comunidad de pobladores vuelve a sus cauces naturales y encuentra mejor expresión en la idea de comunidad que plantean los pentecostales. El individualismo y los pequeños grupos quedan mejor expresados por las iglesias evangélicas que promueven una religiosidad fracturada, al contrario de la imaginaria católica de una iglesia para todo el pueblo de Dios.

Entre las formas verticales de integración no religiosas destacan las organizaciones de pobladores. Una de las discusiones más frecuentes consiste en estimar en qué proporción los pobladores se encuentran

organizados. En una población de unos mil viviendas se encontró 73 organizaciones operando en un momento del tiempo, las cuales involucran a 15 por ciento de sus habitantes (Guerra 1991). Cabe tener en cuenta que la base del cálculo es lo crucial, pues al tomar la membrecía como proporción del total de población, el resultado es que un escaso porcentaje participa. No obstante, el individuo no es la unidad más adecuada para evaluar la cobertura de las organizaciones; la consideración de los hogares como base de cálculo hace subir las cifras de forma sustancial. En una población de similar tamaño pudo estimarse que, a mediados de 1989, 23 por ciento de los hogares contaba con al menos un miembro participando en alguna organización (Espinoza 1992).¹¹

La pregunta que viene queda abierta, y es cómo se integran estas organizaciones en la vida cotidiana de la población. ¿Operan como mecanismos efectivos de integración? De acuerdo con los antecedentes conocidos a este respecto, estas organizaciones operaban como proveedores de lazos débiles, que se insertan dentro de la estructura de la "federación familiar" (Espinoza 1992). Los lazos débiles no integran grupos dispersos, sino que se dispersan hacia los grupos más cerrados.

El análisis de la sociabilidad conduce a insertar la acción de los dirigentes de pobladores en el seno de una comunidad caracterizada por los lazos fuertes entre grupos homogéneos, y que carecen de lazos débiles que les ofrezcan posibilidades de integración. A las organizaciones de representación territorial les cabe un gran papel en la posible integración de estas comunidades. Su papel puede concebirse como el de movilización de recursos en el contexto de formas de organización frágiles en su integración, pero fuertes en sus núcleos. En este contexto debe ubicarse la acción de los dirigentes de pobladores.

El territorio de los pobladores no es ya la población obrera, cuyo interés es mejorar las condiciones de habitación. Pero tampoco son los pobres desarraigados y desintegrados los que se encuentran aquí. Se trata de trabajadores desregulados, que buscan su integración, unos con más perspectivas que otros. El movimiento de pobladores, así, se balancea entre los pasajes de su población y las anchas alamedas de la participación.

CONCLUSIÓN

El flujo y reflujo de la acción colectiva, tal como ocurre entre los pobladores chilenos, parece señalar que los movimientos sociales se debaten entre su muerte estéril o una muerte fecunda; esto es, entre desaparecer o institucionalizarse. Y en el caso de Chile, pareciera que los pobladores como movimiento social han desaparecido completamente. Las razones de la desmovilización de los pobladores remiten a los mismos problemas que enfrentaron en su período de mayor auge, a mediados de los ochenta. Según la forma en que lo plantean los dirigentes, se trata de una distancia entre ellos y sus bases. Visto con mayor perspectiva, esta distancia es el resultado de la tensión entre diversos principios de acción presentes entre los pobladores. Estrictamente, al resolverse sólo parcialmente la tensión entre familias de acción colectiva, no hay estrategia ni movilización, mucho menos movimiento.

Gran parte de las tensiones en la acción colectiva resultan del cambio en las condiciones estructurales de la sociedad chilena. La implantación de una economía de mercado, junto al fin del rol integrador del Estado, han hecho de las prácticas reproductivas un requisito insoslayable en la vida diaria de las familias asalariadas. Los pobres son más que subempleados del sector informal; se trata de una pléyade de trabajadores no sujetos a contrato, trabajando tiempo parcial, o por temporadas, sin posibilidad de negociación colectiva, en fin, toda la gama de la desregulación laboral (Díaz 1991).

Las prácticas reproductivas se asocian con definiciones no clasistas de identidad y con el territorio particular de los pasajes del vecindario. Aquí opera una paradoja, porque las prácticas reproductivas ponen en contacto continuo y estrecho a pequeños grupos informales de claro corte solidario. Pero esta economía de la solidaridad no puede lograr mayor integración, precisamente por constituirse sobre la base de lazos fuertes. En tales condiciones, sólo contribuye a sobrellevar la pobreza. Las redes sociales de los pasajes tejen entonces una trama densa, pero incomunicada entre sí.

Los pasajes de la población operan como espacios de socialización, intercambio, distribución o apoyo emocional, pero tienen escasa capacidad de contacto con redes vecinas. Desde el punto de vista de la integración social, los pasajes son las expresiones de la vida comunitaria donde se detiene el proceso de individualización que el mercado busca imponer en la sociedad.

Los movimientos sociales dependen de las condiciones sociales en las cuales se generan, si bien ellas no son suficientes para explicarlos. Las redes de solidaridad existían, sin duda, en los momentos de auge del movimiento de pobladores. Ellas movilizaban información o recursos, aportaban participantes a la acción colectiva, integraron nuevas formas de acción al repertorio de los movimientos sociales. Si en algún lugar de la sociedad hay que buscar la experiencia de la acción colectiva, es en estos pequeños núcleos de pasaje.

Así, la acción colectiva depende de las condiciones sociales, pero ella misma contribuyó en otro momento a generar esas condiciones. La acción colectiva vive en la sociedad porque aun cuando no se institucionalice, ha redefinido las relaciones sociales. La acción colectiva puede haber creado vínculos donde no los había, agrega comportamientos al repertorio de la acción colectiva, transmite valores, crea o modifica un imaginario. La acción colectiva, aun cuando no alcance el horizonte de la "producción de sociedad" de acuerdo a su modelo, actualiza un imaginario de acción colectiva, y por eso puede ser significativo su impacto en la disputa por la historicidad.

De alguna forma, las nuevas condiciones para la creación de estrategia marcan el fin de un movimiento de pobladores constituido por oposición a un Estado arcaico e inflexible. En las nuevas condiciones, la estrategia debe atender a la articulación entre grupos de otra manera dispersos. Así, el punto de partida es complejo, porque se trata de comunidades integradas pero frágiles. Los núcleos básicos pertenecen aún al ámbito de lo privado y la personalidad colectiva no puede emerger de estos estrechos círculos carentes de referencia respecto otros grupos sociales (Sennet 1977).

Las oportunidades de romper el círculo de la pobreza y lograr una integración parecen depender de factores que están fuera del alcance de los pobladores y que ponen el tema de la ciudadanía como último punto. En este plano, la situación más negativa es que otros lazos fuertes establezcan relaciones clientelistas o de patronaje del sistema político hacia los pobladores; éste es un hecho común en comunidades pobres donde los participantes están cautivos de sus líderes (Valenzuela 1977). Estas relaciones paternalistas pueden desarrollarse para propósitos electorales, pero también en los contactos con la burocracia pública.

Una visión más positiva de las políticas públicas debiera considerar que ellas también pueden contribuir a la integración social, porque al definir un sujeto de las políticas toman en cuenta grupos por los cuales pocos muestran algún interés (Anderson 1991, Coleman 1993). Las políticas públicas, en tal sentido, pueden ofrecer los lazos y relaciones de las cuales carecen los pobladores para mejorar su integración social. Si las políticas públicas desean mejorar las condiciones de vida, ellas ciertamente deben engranarse con iniciativas familiares, organizaciones vecinales y pequeñas empresas del sector.

La ciudadanía requiere lazos débiles porque sólo en ese contexto los participantes tienen derechos y deberes, pero no obligaciones. Las organizaciones de los pobladores aparecen como el balance necesario para el patronaje en la medida en que logren desarrollar su capacidad de interacción estratégica. La participación por medio de organizaciones formales en la toma de decisiones públicas puede favorecer los derechos de los pobladores, abriendo las fronteras de la comunidad a la ciudadanía.

REFERENCIAS

- Anderson, Jeanine. 1991. *Reproducción social / Políticas sociales*. Lima, Perú: SUMBI.
- Baño A., Rodrigo. 1985. *Lo social y lo político, un dilema clave del movimiento popular*. Santiago: Flacso.
- Blalock Jr., Hubert M.. 1979. "Theory building and causal inference". Pp. 155-98 in *Design and analysis in comparative research*.
- Borja, Jordi. 1975. *Movimientos sociales urbanos*. Buenos Aires: Ediciones SIAP-Planteos.
- Campero, Guillermo. 1987. *Pobladores. Entre la sobrevivencia y la acción política*. Santiago: ILET.
- Campero, Guillermo & José A. Valenzuela. 1984. *El movimiento sindical en el régimen militar chileno. 1973-1981*. Santiago: Estudios ILET.

- Castells, Manuel. 1983. *The city and the grassroots*. Berkeley: University of California Press.. 1977. *The urban question*. London: Edward Arnolds.
- Cepal. 1990. "Una estimación de la magnitud de la pobreza en Chile. 1987". LC/L 599 (octubre).
- Cohen, Jean. 1985. "Strategy or identity: New theoretical paradigms and contemporary social movements." *Social Research* 52:663-716.
- Coleman, James S.. 1993 "Presidential address". *American Sociological Review* (January).
- Díaz, Alvaro. 1991. "Nuevas tendencias en la estructura social chilena. Asalarización informal y pobreza en los ochenta". *Proposiciones* 20:88-119. Santiago: SUR.
- Dubet, François; Eugenio Tironi; Vicente Espinoza & Eduardo Valenzuela. 1989. *Pobladores: Luttés sociales et démocratie au Chili*. Paris: L'Harmattan.
- Espinoza, Vicente. 1992. "Networks of informal economy: work and community among Santiago's urban poor". *Ph.D. Thesis*. Department of Sociology, University of Toronto.
- . 1988. *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Santiago: Ediciones SUR, Colección Estudios Históricos.
- . 1985. "Los pobladores en la política". Pp. 31-52 en *Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile*. Seminario Clacso-Universidad de Naciones Unidas. Santiago: ILET.
- . 1984a. "Movimiento popular urbano y procesos de institucionalización política". *Proposiciones* (septiembre):57-65. Santiago: SUR.
- . 1984b. "Tipos de acción poblacional y movimiento popular urbano en Chile." Pp. 321-50 en *Problemática barrial latinoamericana*. Lima: Celadec.
- . 1982. "El movimiento de pobladores: Una evaluación crítica." *Proposiciones* 5 (enero). Santiago: SUR.
- Friedmann, John and Mauricio Salguero. 1988. "The barrio economy and collective self-empowerment in Latin-America: A framework and agenda for research." In *Power, community and the city*. Edited by Michael Peter Smith. New Jersey: Transaction, Inc.
- Granovetter, Mark S.. 1973. "The strength of weak ties." *American Journal of Sociology* 78 (6):1360-80.. 1982. "The strength of weak ties. A network theory revisited." In *Social structure and network analysis*. Edited by Nan Lin and Peter Mardsen. California: Sage Publications.
- Guerra Rodríguez, Carlos. 1991. "Las organizaciones sociales poblacionales: un recurso para la aplicación de políticas públicas". *Tesis de Magister*. Instituto de Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magister en Asentamientos Humanos y Medio Ambiente.
- Hardy, Clarisa. 1985. "Caracterización de la marginalidad popular. Escenario constitutivo de nuevos actores." *Coyuntura Económica* 11. Santiago: PET.. 1987. *Organizarse para vivir. Pobreza urbana y organización popular*. Santiago: PET.
- Harvey, David. 1985. *The urbanization of capital. Studies in the history and theory of capitalist urbanization*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Kling, Joseph M. and Prudence Posner. 1991. "Class and community: theories of activism in an era of urban transformation". In *Breaking chains. Social movements and collective action. Comparative urban and community research*, vol. 3, edited by Michael Peter Smith. New Brunswick (USA) and London (UK): Transaction Publishers.
- Martínez, Javier. 1989. "La magnitud de la pobreza." *Mensaje* (Santiago) 383 (octubre): 398-402.. 1986. "Sobre la determinación de la pobreza: una nota técnica". *Proposiciones* 12:141-7. Santiago: SUR.
- Martínez, Javier y Eduardo Valenzuela. 1986. "Juventud popular y anomia". *Revista de la CEPAL* 29:173-83

- Mideplan. 1992. *Población, educación, vivienda, salud, empleo y pobreza. CASEN 1990*. Santiago: Mideplan, Ministerio de Planificación y Cooperación.
- Mingione, Enzo. 1991. *Fragmented societies. A sociology of economic life beyond the market paradigm*. Oxford, UK: Basil Blackwell.
- Pollack, Molly y Andras Uthoff. 1989. "Pobreza y empleo en Chile: un análisis del período 1969-1987 en el Gran Santiago". Pp. 127-52 en *Economía de América Latina. Las dimensiones sociales de la crisis*. México: Centro de Economía Transnacional.
- Raczynski, Dagmar. 1987. "Crisis y urbanización en el Area Metropolitana de Santiago de Chile". *Documento de Trabajo* (octubre). Santiago: Cieplan.
- Razeto, Luis. 1987. "La economía de la solidaridad en un proyecto de transformación social". *Proposiciones* 14 (agosto):44-54. Santiago: SUR.. 1990. *Economía popular de solidaridad. Identidad y proyecto en una visión integradora*. Santiago: Area Pastoral Social de la Conferencia Episcopal de Chile.
- Razeto, Luis; Arno Klenner; Apolonia Ramírez & Roberto Urmeneta. 1983. *Las Organizaciones Económicas Populares*. Santiago: Programa de Economía del Trabajo (PET).
- Rojas, Alejandro. 1986. "Interrogaciones acerca del movimiento ecológico y la naturaleza del poder social". En *Ambiente y Desarrollo*, vol. 2 (diciembre).
- Rosenfeld, Alex; Alfredo Rodríguez & Vicente Espinoza. 1989. "La situación de los gobiernos locales en Chile". Pp. 185-239 en *Descentralización y democracia. Gobiernos locales en América Latina*. Editado por Jordi Borja, Fernando Calderón, María Grossi y Susana Peñalva. Santiago: Clacso/SUR/CEUMT-Barcelona.
- Ruiz-Tagle, Jaime. 1989. "Los ingresos de los más pobres: el fin de una década." *Revista Mensaje* (Santiago) 385 (diciembre): 524-27.
- Salazar, Gabriel. 1990. *Violencia política popular en las "grandes alamedas". Santiago de Chile 1947-1987*. Santiago: Ediciones SUR.
- Schneider, Cathy. 1990. "La movilización de las bases. Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario". *Proposiciones* 19 (julio): 223-243.
- Schwartz, Michael. 1976. *Radical protest and social structure. The southern farmers' alliance 1880-90*. New York: Academic Press.
- Smelser, Neil. 1963. *Theory of collective behavior*. New York: Macmillan.
- Sorj, Bernardo. 1991. "Crisis social y crisis de las ciencias sociales en Brasil". *Revista Mexicana de Sociología* 1/91:107-20.
- Tilly, Charles. 1984. *Big structures, large processes, huge comparisons*. New York: Russell Sage Foundation.. 1976. *As sociology meets history*. New York: Academic Press Inc.
- Tironi, Eugenio. 1990. *Autoritarismo, modernización e integración*. Santiago: Ediciones SUR.
- Tokman, Víctor. 1991. "Pobreza y homogeneización social. Tareas para los 90". *Pensamiento Iberoamericano* (Madrid) 19:81-104.
- Torrado, Susana. 1981. "Sobre los conceptos de 'estrategias familiares de vida' y 'proceso de reproducción de la fuerza de trabajo': Notas teórico-metodológicas". *Demografía y Economía*, vol. 15, 2 (46):204-233.
- Touraine, Alain. 1973. *Production de la société*. Paris: Colecion Sociologie aux Editions du Seuil.
- Undiks, Andrés. 1989. *Juventud urbana y exclusión social. Las organizaciones de la juventud poblacional*. Buenos Aires: Editorial Humanitas.

- Valdés, Teresa. 1985. "Mujer popular: Matrimonio, hijos y proyecto. Un estudio de casos". *Documento de Trabajo* 255. Santiago: Flacso.
- Valenzuela, Arturo. 1977. *Political brokers in Chile*. Duke University Press.
- Valenzuela, Eduardo. 1984. *La rebelión de los jóvenes. Un estudio sobre anomia social*. Santiago, Chile: Ediciones SUR, Colección Estudios Sociales.. 1991. "La experiencia nacional popular". *Proposiciones* 20:12-33. Santiago: SUR.
- Vergara, Francisco & Montserrat Palmer. 1990. *El lote 9 x 18 en la encrucijada habitacional de hoy*. Santiago: Facultad de Arquitectura y Bellas Artes. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Walker, Eduardo; Marisol Saborido, Carmen Tardito & Pablo Astaburuaga. 1987. *Planificación desde la comunidad. Ampliando el campo de lo posible*. Santiago: EVGL-CIPMA.

NOTAS

* Agradezco los comentarios y conversaciones con Fernando Calderón, Julia Paley, Jorge Rojas, Paulina Saball, y Eduardo Valenzuela, los que contribuyeron a mejorar la perspectiva este artículo. Como de costumbre, las simplificaciones, inexactitudes e insuficiencias corren todas por mi cuenta.

1. Los promotores de la organización social reconocerán de inmediato este dilema en típicas quejas de los dirigentes, según las cuales en las organizaciones "sólo unos pocos participan, mientras que el resto llega cuando le conviene". Nada más cercano a la descripción de la conducta racional que aborta la acción colectiva. Los entrevistados aluden frecuentemente a este problema.
2. Agradezco a Bernarda Gallardo por llamarme la atención sobre este aspecto.
3. Entrevistas individuales y colectivas conducidas por Alvaro Böhme durante 1991. Agradezco su disposición a aclarar dudas respecto de este material.
4. Si la apertura institucional resultará en mayor integración social no tiene respuesta inmediata; el tema se aborda en detalle posteriormente.
5. En este sentido puede interpretarse la decisión del MIDA (Movimiento Independiente Democrático Allendista) al designar al sacerdote Eugenio Pizarro --un representante del radicalismo comunitario-- como su candidato a la Presidencia de la República de Chile. Cerrados los caminos de negociación para los grupos de interés, la izquierda busca abrirse paso hacia el pueblo comunitario.
6. De hecho las prácticas de innovación social se representan mucho mejor en la candidatura presidencial de Manfred Max-Neef que en las del cura Eugenio Pizarro. Ello no obsta para que ambas tendencias disputen el mismo espacio político.
7. Esta es la unidad en que se encontraban indexadas sus deudas.
8. Conviene recordar que en negociaciones con el particularmente conflictivo gremio de los empresarios de locomoción colectiva, éstos llegaron a rebajar el valor de los pasajes. El propio diario *El Mercurio* anheló haber tenido un ministro de Transportes con la calidad del socialista durante el gobierno militar.
9. Se trata, sin duda, del discurso más complejo de cuantos se han revisado. La complejidad y riqueza del discurso no siempre van de la mano con su articulación. La ausencia de jerarquías claras refleja la dificultad para configurar las estrategias.
10. Gabriel Salazar sugiere que los antecedentes de esta vida de pasaje pueden remontarse hasta el "cité", típico de la vivienda social a principios del siglo veinte (comunicación personal).
11. Esta medida fue tomada en 1989 durante el gobierno militar; es de suponer que el porcentaje habría subido de hacer el cálculo una vez asumido el gobierno democrático.